

Hablar de Amor

Antonela Bosoni

Hablar de AMOR implica reflexionar sobre ese valor que atraviesa a todas las relaciones sociales que se establecen en contextos heterogéneos y, por lo tanto, posee muchos significados diferentes y muy diferentes formas de manifestación. Lo mismo ocurre cuando hablamos del amor de pareja. Hay tantos “amores” como personas.

Por ello, por qué amamos, a quién amamos y cómo amamos depende de quiénes somos, cómo nos vemos, cómo nos ven, cómo vemos a los demás; nuestras expectativas y necesidades están determinadas por lo individual pero, en gran medida, por lo sociocultural asumido como propio.

La sociedad tiene mecanismos, a través de la educación y la cultura de crear socialmente al hombre, a la mujer y un concepto de amor romántico utópico donde las maneras de ser lo femenino o lo masculino y la manera de funcionar juntos están preestablecidas socialmente y nos adoctrinan sutilmente. Los modelos que nos llegan a través de las series de televisión, películas, publicidades, canciones, novelas, y contenidos de internet reafirman estas representaciones y las distintas maneras de entender el amor y el amar de cada sexo.

Así vemos cómo se idealiza el amor femenino como un amor incondicional, abnegado, puro emociones y afectos, entregado hasta a unas tareas de cuidado al otro que, además, se realizan sin reciprocidad; sometido, capaz de renunciar a todo con tal de asegurar la armonía conyugal y por lo que nos hacen más vulnerables al padecimiento de comportamientos violentos y a la asunción del rol de víctimas. Se nos enseña a esperar y a amar a un hombre con devoción aunque nos “haya tocado” alguien manipulador, desagradable, egoísta o violento, pues la ausencia de amor está fuertemente vinculada al fracaso personal, lo que supone una sobredimensionalización de las relaciones afectivas y del amor (y su pérdida). Por otro lado, una buena mujer debe aprender a cuidar su aspecto físico, desarrollar la capacidad de seducir y complacer a su hombre.

Pero este “amor”, construido sobre esas bases, no es amor. Es necesidad, es miedo a la soledad, es una fantasía colectiva, dependencia emocional pero no es amor.

Así mismo, al hombre (lo masculino) se le enseña a amar desde la desigualdad, deben ser como prueba de virilidad, protectores, proveedores, “salvadores”, seductores que quebrantan resistencias, resolutivos, independientes, controladores, dominantes, poco emocionales y sin concesiones a lo sentimental, con expectativa de obediencia por parte del otro, con menor disposición a la renuncia total y al sacrificio personal que no compromete su yo personal. (y a superar incólumes la distancia entre las exigencias del ideal de masculinidad y sus propias posibilidades). Ante estas pretensiones tienen pocas opciones: o se dejan servir y amar como machos alfa, o son “pollerudos” que se rinden ante la amada o “mantenidos” cuando la pareja gana económicamente más.

Pero ese “amor”, construido sobre esas bases, no es amor. Es manipulación, es acoso, es violencia, es sexismo pero no es amor.

Este modelo de amor romántico y los mitos que de él se derivan dificultan la reacción de las mujeres que viven en una situación de violencia de género y la “fuerza del amor” no será suficiente para salvarlas del dolor/muerte...

Es necesario interpelarnos y deconstruir lo instituido, transformar nuestros imaginarios, repensarnos personas en términos relacionales. Es esencial educar a las mujeres para que no vivamos sujetas al amor idealizado y al sostén económico del hombre, y también enseñar a los hombres a gestionar sus emociones para que puedan controlar su ira, su impotencia, su miedo ante el constante esfuerzo en proteger el orgullo varonil, y a reconstruir una nueva identidad masculina para que acepten a su lado una compañera de vida en pie de igualdad con derechos y obligaciones recíprocas.